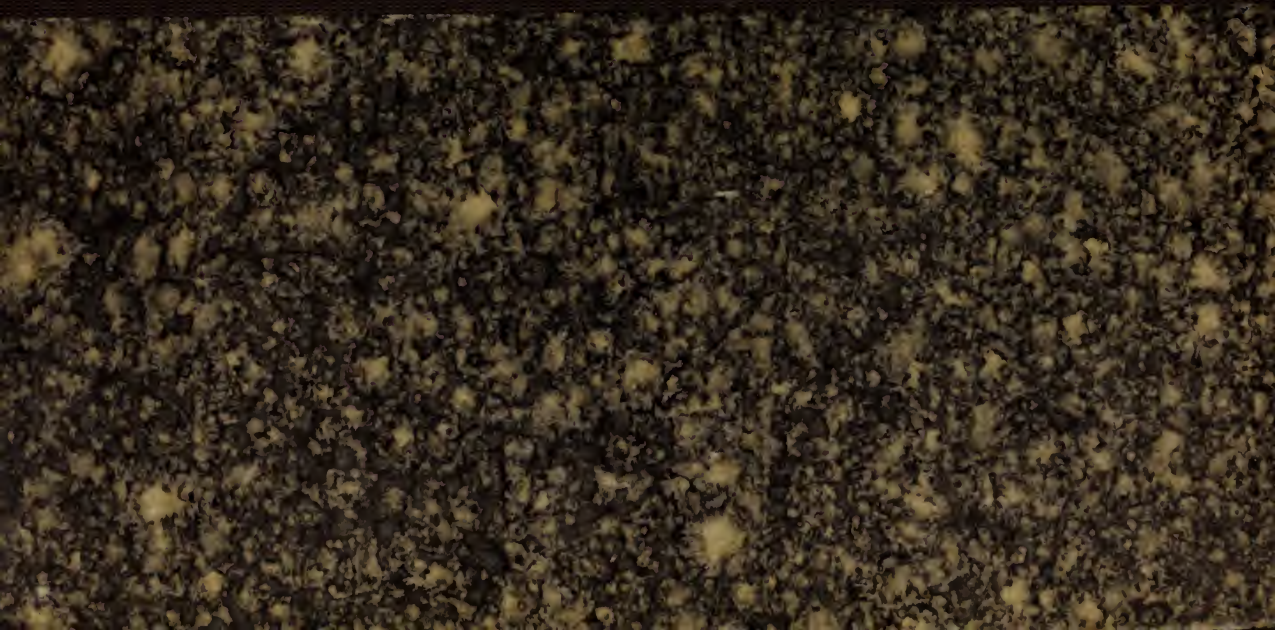
3 1761 09545288 4



Raíz Salvaje

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/razsalvaje00ibar

LS
I12re

JUANA DE IBARBOUROU

Raíz Salvaje

415740
20.9.43

EDITOR: MAXIMINO GARCÍA

SARANDÍ, 477 -- MONTEVIDEO

1922

¡Si estoy harta de esta vida civilizada!
¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz!
¡Si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme
La salvaje raíz!

CENIZAS

Se ha apagado el fuego. Queda sólo un blando
Montón de cenizas,
Donde estuvo ondulando la llama.
Ahí tienes, amigo, hecho porción quieta
De polvo liviano,
A aquel pino inmenso que nos dió su sombra
Fresca y movediza, durante el verano.

Tan alto, tan alto, que pasaba el techo
De la casa mía.
Si hubiera podido guardarlo en dobleces,
Ni en el arca grande del desván, cabría.

Y del pino inmenso ya ves lo que queda.
Yo, que soy tan pequeña y delgada,
¡Qué montón tan chiquito de polvo
Seré cuando muera!

OLOR FRUTAL

Con membrillos maduros
Perfumo los armarios.
Tiene toda mi ropa,
Un aroma frutal que da a mi cuerpo
Un constante sabor a primavera.

Cuando de los estantes
Pulidos y profundos
Saco un brazado blanco
De ropa íntima,
Por el cuarto se esparce
Un ambiente de huerto.

¡Parece que tuviera en mis armarios
Preso al verano!

Ese perfume es mío. Besarás mil mujeres
Jóvenes y amorosas, mas ninguna,
Te dará esta impresión de amor agreste
Que yo te doy.

Por eso, en mis armarios
Guardo frutas maduras
Y entre los pliegues de la ropa íntima
Escondo, con manojos secos de vetiver,
Membrillos redondos y pintones.

Mi piel está impregnada
De esa fragancia viva.
Besarás mil mujeres, mas ninguna,
Te dará esta impresión de arroyo y selva
Que yo te doy.

COMO LA PRIMAVERA

Como un ala negra tendí mis cabellos
Sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste
Diciéndome luego:
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgos?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras
Porque acaso en ellas exprimiste un zumo
Retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.
¿Qué perfume usas? Y riendo, te dije:
—¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.

Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

NOCHE DE LLUVIA

Llueve... Espera, no duermas.
Estate atento a lo que dice el viento
Y a lo que dice el agua que golpea
Con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
Para escuchar a la hechizada hermana,
Que ha dormido en el cielo,
Que ha visto al sol de cerca,
Y baja ahora elástica y alegre
De la mano del viento,
Igual que una viajera
Que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo ondeante!
¡Con qué avidez se esponjará la hierba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
Del ramaje profundo de los pinos!

Espera, no te duermas. Escuchemos
El ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
Tu frente taciturna.
Yo sentiré el latir de tus dos sienes
Palpitantes y tibias,
Tal cual si fueran dos martillos vivos
Que golpearan mi carne.

Espera, no te duermas. Esta noche
Somos los dos un mundo,
Aislado por el viento y por la lluvia
Entre la cuenca tibia de una alcoba.

Espera, no te duermas. Esta noche
Somos acaso la raíz suprema,
De donde debe germinar mañana
El tronco bello de una raza nueva.

MELANCOLÍA

Soy tal como una brizna en las manos del viento.
El viento está enojado y me tira el cabello.
Y la lluvia me dice: — Amiga, ¿quiéres cuentas?
Y pródiga me cubre de gotas cristalinas.

Me paseo despacio con fruición de golosa.
A través de los vidrios me contempla la gente
Y asombrada murmura: ¿Está loca? ¡Pasearse
Sin paragua, lo mismo que una rana a la lluvia!

Y mis ojos cubistas ven la gente cuadrada
A fuerza de sensata, y con pena murmuro:
— ¡Quién pudiera ser niño y sentarse en la calle
Sin angustias ni trabas, a jugar con el lodo!

LA LAGUNA

La noche es suave y muelle
Tal cual si fuera hecha
Con los vellones blandos
De alguna oveja negra.

No hay luna. Vago a oscuras
Por el campo hechizado.
Huelo frescor de juncos,
De sauces y de álamos.

Voy junto a la luguna.
¡Oh misterio del agua!
El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla.

La laguna, esta noche,
Parece pensativa.
Mi alma se alarga a ella
Como una serpentina.

¡Cuánto me gusta el agua!
¡Cuánto me gusta el agua!
Hacia ella se inclina
Cual un junco mi alma.

Acaso, en otra vida
Ancestral, yo habré sido
Antes de ser de carne,
Cisterna, fuente o río...

LA PESCA

La espuma me salpica como un rocío blanco
Y el viento me enmaraña el cabello en la frente.
A mi espalda está el verde respaldo del barranco
Y a mis pies el gran río de elástica corriente.

Rumores de la selva y rezongos del agua.
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
La mancha oblonga y negra que pinta la piragua,
En la fresca penumbra del recodo sombrío.

No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
De todo pensamiento y de toda quimera.
Soy en este momento la hembra primitiva

Atenta sólo al grave problema de su cena,
Y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
El corcho que se mece sobre el agua serena.

SOL FUERTE

Desprende una tristeza aherrojante y extraña
Ese lento desfile de entoldadas carretas,
Por el ocre camino que cruza la campaña
Plana, árida y seca.

Ni un árbol, ni una loma, ni la mancha sombría
De un monte, en derredor.
Las carquejas se enroscan bajo el fuego del día
Implacable, de Enero.

¡Parece que el planeta estuviera vacío
Y que van a una cita misteriosa y suprema,
Esas lentas carretas que cruzan el camino
Bajo este sol que quema!

ESTÍO

Cantar del agua del río.
Cantar continuo y sonoro,
Arriba bosque sombrío
Y abajo arenas de oro.

Cantar . . .
De alondra escondida
Entre el oscuro pinar.

Cantar . . .
Del viento en las ramas
Floridas del retamar.

Cantar . . .
De abejas ante el repleto
Tesoro del colmenar.

Cantar...
De la joven tahonera
Que al río viene a lavar.

Y cantar, cantar, cantar,
De mi alma embriagada y loca
Bajo la lumbre solar.

VERSO IMPERSONAL

Al margen de una acuarela.

Evocación tropical.
Cielo añil. Cañaveral,
Chillón de urracas y loros.
Río profundo, sol cobre,
Que deja flotando sobre
Las arenas, leves oros.

Y la delicia suprema
De la selva, mientras quema
La siesta, todas sus ascuas
En los ardientes ribazos.
Y la suprema delicia
De la más casta impudicia:
Dormir desnuda en tus brazos.

LOS PINOS

Yo digo ¡pinos! y siento
Que se me aclara el alma.
Yo digo ¡pinos! y en mis oídos
Rumorea la selva.
Yo digo ¡pinos! y por mis labios pasa
La frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
Veo la hilacha verde de los ramajes profundos,
Que recortan el sol en obleas desiguales
Y lo arrojan, como puñados de lentejuelas
A los caminos que bordean.

Yo digo ¡pinos! y me veo morena,
Quinceabrileña,
Bajo uno que era amplio como una casa,
Donde una tarde alguien puso en mi boca,

Como un fruto extraordinario
El primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
Recordando su antiguo perfume a yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas,
Así como los pinos se duermen con las ramas
Llenas de rocío.

RAIZ SALVAJE

Me ha quedado clavada en los ojos,
La visión de ese carro de trigo,
Que cruzó, rechinante y pesado,
Sembrando de espigas el recto camino.

¡No pretendas, ahora, que ría!
¡Tú no sabes en qué hondos recuerdos
Estoy abstraída!

—

Desde el fondo del alma me sube
Un sabor de pitanga a los labios.
Tiene aún mi epidermis morena,
No sé qué fregancias de trigo emparvado.
¡Ay, quisiera llevarte conmigo

A dormir una noche en el campo
Y en tus brazos pasar hasta el día
Bajo el techo alocado de un árbol.

Soy la misma muchacha salvaje,
Que hace años fragiste a tu lado.

LA LUNA

¡Oh la luna, la luna que cantan los poetas!
¡Oh la luna brillante de tristeza tremenda!
¡La luna que no sabe ni del frescor del agua!
Ni del viento que tacta, como un fauno, las selvas!

¡La luna que no tiene ni un árbol, ni una brizna,
Ni una mujer y un hombre que se quieran en ella,
Ni un puñado de polvo que dance en remolinos,
Ni un río que haga ruido saltando entre sus piedras!

Parece tan hermosa, tan nueva, tan luciente,
Y no es más que una pobre, vieja desposeída,
Frente a frente a la tierra millonaria de dones.
Una muerta conciente frente a frente a una viva.

¡Piedad para la luna! ¡Piedad para la luna!
No beséis vuestras novias ¡oh novios! ante ella.
¡Dios sabe de qué envidias y angustias está llena
La luz que nos envían la luna y las estrellas!

INMOVILIDAD

En la playa que el viento de otoño hace más sola
Noche a noche me siento frente a la tentación
De este mar que en sus ondas lleva y trae los navíos
Que me envían, de lejos, su muda invitación.

Los veo hundirse en la niebla salpicados de luces,
Mundos breves y vivos que se echan a andar,
En medio de horizontes distintos e imprevistos,
Entre la hechicería de la luna y el mar.

Más allá... ¡Oh Dios mío, y yo aquí tan inmóvil
Cual si fuera una piedra que nada ha de mover!
¡Ya me agobia el cansancio de soñar imposibles!
¡Se ha hecho espina mi ansia de tocar y de ver!

EL BAÑO

¡Agua viva del mar!
¡Agua inquieta del mar!
¡Las poesías que inspiras
En tu eterno rodar!

Los mil ojos del agua,
¡Cuántas cosas verán!
Las mil bocas del agua
¡Cuántas cosas dirán!

Viejo espejo de estrellas,
Gruñidor, fiero mar
Que por siempre a la tierra
Como un can lamerás:

Al rozarme los brazos,
Al saltarme a la boca,
Tu agua siéntese dueña
De la carne que toca.

¿De qué barco andariego
Bajaré para ti?
En la noche de bodas,
¿Qué tendrás para mí?

¡Oh novia a la que el novio
Mecerá como un aya
Para luego acostarla
Ya dormida en la playa!

¡Novia predestinada
Que ha de hacerse un collar,
Con los hilos de luna
Que ondulan sobre el mar!

¡Novia a la que el amante
Carnal, no tendrá más
Que un momento impreciso,
Que un instante fugaz!

. . . . . .

Cuando envuelves los cuerpos,
Cuando rozas las bocas,
Mar: ¿te sientes ya el dueño
De la carne que tocas?

FIEBRE

He visto a la muerte de cerca, de cerca.
Era tal como una mariposa negra.
Con sus grandes alas refrescó mis sienes.
Mi cuerpo, que ardía, tembló de delicia.
Le tendí los brazos pero ella, esquiva,
Fué a hundirse en la sombra compacta y sañuda.
¡Vamos a buscarla, vamos a buscarla!
Mi sangre, de nuevo, torna a ser de llama,
¡Y yo necesito sentir la frescura
Que dan sus dos alas de gamuza negra!

SOLEDAD

La noche es oscura, profunda y tan cálida
Que hasta el musgo áspero del ribazo tiene
Tibieza de carne.
La sombra es tan densa que me sueño a veces
Hundida entre el puño de un gigante negro.
Y sobre mi cuerpo lacio de fatiga
Lentamente trepan insectos nocturnos.

Por la senda pasa silbando un muchacho
Curvo bajo el peso de un haz de gramilla.

Yo estoy sola, sola, tendida en la sombra.

Y a mi lado cruzan después dos amantes
Absortos y lentos, las cabezas juntas,

Mientras que un cercano cantor invisible
Con voz de barítono, modula una copla.

En esta oscurísima noche de Enero,
Cálida y profunda,
Ante mí ha pasado la vida con todas
Sus hondas visiones de amor y belleza.

Yo estoy triste y sola tirada en la sombra.

CALMA

La luna estampa en el cielo
Su faz de moneda nueva.
Sobre el trigal amarillo
Hay parpadear de candelas.

Los pinos son misteriosos
En esta noche tan clara
Y hasta el labrar de los perros
Trae emoción a mi alma.

Junto al pozo, que está en ruinas,
Florece una madreselva.
En la polea gastada
Un joven gajo se enreda.

Y no se escucha un murmullo
Ni se oye un rumor de agua.

¡Parece que el ruido duerme
O que el silencio soñara!

Pasa un muchacho cargado
Con un haz de alfalfa tierna.
¡Hasta el alma se me filtra
Este buen olor a hierba!

Y es tan serena la noche
Y es tan intensa la calma,
Que se adormece mi angustia
Y se evaporan mis lágrimas.

LA SED

Tu beso fué en mis labios
De un dulzor refrescante.
Sensación de agua viva y moras negras
Me dió tu boca amante.

Cansada me acosté sobre los pastos
Con tu brazo tendido, por apoyo.
Y me cayó tu beso entre los labios,
Como un fruto maduro de la selva
O un lavado guijarro del arroyo.

Tengo sed otra vez, amado mio.
¡Dame tu beso fresco tal como una
Piedrezuela del río!

CARNE INMORTAL

Yo le tengo horror a la muerte.
Mas a veces cuando pienso
Que bajo de la tierra he de volverme
Abono de raíces,
Savia que subirá por tallos frescos,
Arbol alto que acaso centuplique
Mi mermada estatura,
Me digo: Cuerpo mío:
Tú eres inmortal.
Y con fruición me toco
Los muslos y los senos,
El cabello y la espalda,
Pensando: ¿Palpo acaso
El ramaje de un cedro
Las pajuelas de un nido,

La tierra de algún surco
Tibio como de carne femenina?

Y extasiada, murmuro:
— Cuerpo mío: ¡estás hecho
De sustancia inmortal!

LOS ÁRBOLES EN LA LLANURA

Es un montón de álamos rumorosos y agudos
Aferrados en medio de la árida llanura.
Las raíces pequeñas de los pastos resecos
Les claman el mensaje soñado de la lluvia.

Y ellos miran las nubes, e interrogan al viento,
Y hacen ¡no!, con la verde cabeza de sus copas.
—¡Aún el agua demora!—suspiran las gramíneas
Que bajo el sol se enroscan.

Y todo el campo es una ansiedad amarilla
Fija en las copas claras,
De los álamos rectos que son para los pastos
La promesa del agua.

Sus ramajes cimbreantes vocearán la tormenta
Cuando se encuentre cerca.
Raicecitas sufrientes: en cada mata viva
Sustentáis un oído invisible y alerta.

EL REMANSO

Río elástico y grande
Que corres murmurando:
Orillado de mimbres
He visto tu remanso.

¡Cuenco maravilloso
Que se colma de día,
De reflejos arbóreos
Y esmeraldas fluídas!

¡Cuenco de hechicería
Que de noche se llena
Con estrellas partidas
Por las ramas que tiemblan!

Río elástico y largo:
Enséñale a mi alma
A formarse un remanso.

EL BOSQUE

Todo el bosque retoña bajo el sol de Setiembre.
Son agudos los tonos del matiz de las yemas.
Aquí, revienta un brote de reborde escarlata.
Más allá, estallan hojas de un verdor amarillo.

Todo el bosque susurra tan alegre y tan joven
Que en sus trescientos años recién hecho parece.
Con jovial optimismo se ha llenado las ramas
De apretados manojos de capullos y hojas.

Y sin embargo, observa cómo en los recios troncos
Se ven las llagas secas de las ramas cortadas
Y los pardos muñones de los troncos robustos
Que amputaron un día fatal los leñadores.

Mas la selva es de una mansedumbre evangélica.
¡Oh Jesús: es el bosque quien oyó tu doctrina,

Quien recogió tu ejemplo de perdonar agravios,
Y de ungir con perfumes los pies del enemigo.

Vieja selva que miras cómo nos marchitamos
Sin encontrar la clave para reverdecer;
Dime si siendo humildes, dime si siendo puros
Lograremos tu fuerte y gallarda vejez.

EL SENDERO NUEVO

Este sendero verde tan poco hollado,
Este sendero verde, ¡qué bien me hace!
Es un sendero-niño, nuevo y risueño,
Sin la historia doliente de tantos rastros.

Me acuesto sobre el pasto que lo recubre,
Mis dos manos ardientes abro en su grama.
Este sendero verde, ¡cómo es de alegre!
¡Cómo se vé que ignora las caravanas!

Vengo de otro camino reseco y ocre,
Todo lleno de rastros, cribado en huellas,
Con un aspecto triste de hombre piadoso
Que ha cansado sus ojos viendo miserias.

¡Las historias que saben sus piedrezuelas!
¡El llanto que ha sorbido su polvo ocre!

¡Miedo le da a las hierbas ese camino!
¡El pasto lo contempla desde los bordes!

¡Oh senderito-niño, sendero verde
Como una cinta clara sobre los campos!
Dios te conserve siempre tu grama tierna.
¡Nunca te vuelvan ocre huellas ni rastros!

EL POZO

Asiento de musgo florido
Sobre el viejo brocal derruido.
Sitio que elegimos para hablar de amor,
Bajo del enorme paraíso en flor.

¡Ay, pobre del agua que del fondo mira,
Tal vez envidiosa, quizás dolorida!
Tan triste la pobre, tan muda, tan quieta,
Bajo esta nerviosa ramazón violeta!

Vámonos. No quiero que el agua nos vea
Cuando me acaricies. Tal vez eso sea
Darle una tortura. ¿Quién la ama a ella?
—¡Tonta! ¡Si de noche la besa una estrella!

LA TARDE

He bebido del chorro cándido de la fuente.
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene toda la estupenda dulzura,
De una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a trigo ondeante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo cual un gamo he corrido
Por todos los ceñudos senderos de la sierra.
Y el galgo cazador que es mi guía, rendido,
Se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba a la grama
Y abate en tus rodillas mi cabeza morena,
Mientras que de una iglesia campesina y lejana
Nos llega un lento y grave llamado de novena!

CAMINO DE ALAMOS

¡Verde camino de álamos!
¿Qué es lo que hablan las copas?
Todo el día cuchichean
Unas con otras las hojas.

Cuando yo, todas las tardes
Paso, a esperarlo en el puente,
Segura estoy que me miran
Y al verme dicen: — Ya viene.

— Hoy lleva un vestido nuevo.
— Hoy va pálida. ¿Está enferma?
— Hoy trae prendido en el moño
Un gajo de madreselva.

....

— El no ha venido. ¡Qué triste
Para su casa retorna!
— Hermano álamo: dale
Un huevecillo de tórtola.

Y conversan con los pájaros,
Con el polvo, con la lluvia,
Mientras mantienen a un pueblo
De escarabajos y orugas.

¡Cuánto tendré que extrañarlos
Cuando de aquí nos mudemos!
¡Alamos junto al camino!
¡Fila de muchachos buenos!

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea.
Porque todas sus ramas son grises,
Yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
Ciruelos redondos,
Limoneros rectos
Y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
Todos ellos se cubren de flores
En torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
Con sus gajos torcidos que nunca
De apretados capullos se visten...

Por eso,
Cada vez que yo paso a su lado
Digo, procurando
Hacer dulce y alegre mi acento:
— Es la higuera el más bello
De los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
Si comprende el idioma en que hablo,
¡Qué dulzura tan honda hará nido
En su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
Cuando el viento abanique su copa,
Embriagada de gozo le cuente:
— Hoy a mí me dijeron hermosa.

EL ESTANQUE

El estanque es profundo. Nadie sabe su hondura.
Y rodeado de sauces es tan quieto, que apenas
Cuando el viento está loco, su agua lacia se ondula
Con un gesto lentísimo de persona que sueña.

El estanque me tienta con su aspecto hechizado.
El no sabe de patos, de alguaciles ni ranas.
Día a día yo vengo a tirarle guijarros
Que calladas se tragan las inmóviles aguas.

Si una tarde mi cuerpo ardoroso y delgado,
Al estanque, lo mismo que un pedruzco, resbala,
Con idénticos gestos misteriosos, pausados,
Cerrará detrás suyo sus dos labios el agua.

Será un círculo ancho y ondulante, primero.
Luego otros y otros más pequeños y graves.
Después, nada... La calma, la tersura, el silencio,
Y otra vez el reflejo verde — luz de los sauces.

LA COPA

Con un trote recio bajo la maraña
Balanceante y fresca de los mimbres anchos,
Marcha la tropilla simétrica y ávida,
Hacia el río elástico.

Tienen sed los potros. ¡Cómo los envidio!
Nada de garrafas, de copas, ni vasos.
Beberán del río, beberán del río,
Hundiendo en el agua los belfos y cascos.

La copa estupenda tiene olor a monte.
Dios mismo la hizo, Dios mismo la llena.
Adorna sus bordes con los camalotes
Y sobre ella aprieta la red de la selva.

¡Cuántos años hace que yo bebo en copas,
Que he olvidado el vaso rumoroso y hondo!

Se ha civilizado la muchacha loca.
Cada día el pasado se hace más remoto.

Mas sueño: una tarde vendremos al río,
Yo hundiré las manos en las ondas claras,
Y riendo gozosa le diré a mi amigo:
—Bebe, prueba el gusto de verdad del agua.

MAÑANA DE FALSA PRIMAVERA

Alguien ha sacudido un plumero en el aire
Y ha pasado una esponja al sol de esta mañana;
Alguien, entre las sombras, limpió hoy los badajos
Locos y relucientes, de las viejas campanas
Que despiertan la iglesia;
Alguien, al sacristán,
Le ha inyectado inquietud en las venas del puño
Que tira de la cuerda sucia que va a la torre;
Alguien, al caballito manco de mi lechero
Le ha avivado el galope reverencioso; alguien
Me ha despertado alegre, con ansias de empolvarme
Y de subir a ese «número 38»
Que corre hacia la playa. ¡Oh mañana de Agosto,
De mediados de Agosto,
Absurdamente tibia, absurdamente limpia,
Que se ha disfrazado con las cosas bonitas
De un alba de Noviembre.

MADRUGADA

He pasado la noche inquieta y desvelada.
Aclara el día y me escurro de la cama, aburrida.
Hoy yo sola paseo por esta calle extrema
De portones cerrados y de casas dormidas.

Amanecer como de humo.
Parece que el sol, malhumorado,
Con leña verde preparara el fuego
Para cocer su desayuno.

El viento es húmedo como recién salido
De un baño. En el cielo pálido,
Las estrellas descoloridas
Poco a poco se van borrando.

Pasa un lechero con boina roja.
Desde lo alto de un viejo muro,

Me tienta un gajo curvo y felposo,
Lleno de nísperos maduros.

Ando, ando, ando, ando.
Cuando retorne y hacia él me incline
Con un beso, para despertarlo,
El pensará también, con gozo ávido,
Que acabo de salir del baño.

LA ENREDADERA

Por el molino del huerto
Asciende una enredadera.
El esqueleto de hierro
Va a tener un chal de seda.

Ahora verde, azul más tarde
Cuando llegue el mes de Enero
Y se abran las campanillas
Como puñados de cielo.

Alma mía: ¡quién pudiera
Vestirte de enredaderas!

DESCANSO

Delicia, delicia de la casa en sombra,
De la casa fresca bajo la canícula,
De la mecedora y el libro en la verde
Penumbra del patio techado de parras,
Donde runrrunean avispas glotonas
Y toda la siesta canta una chicharra.

Y luego, ¡delicia del sueño que afloja
La loca y eterna tensión de mis nervios!

EL AGUA CORRIENTE

Esta agua que viene
Por los nervios pardos de las cañerías,
A dar a mi casa su blanca frescura
Y el don de limpieza de todos los días;

Esta agua bullente
Que el grifo derrama,
Está henchida del hondo misterio
Del cauce del río, del viento y la grama.

Yo la miro con ávido anhelo...
Es mi hermana la onda viajera
Que a la inmensa ciudad ha venido
De no sé qué lejana pradera.

Y parada ante el grifo que abierto
Me salpica de cuentas la enagua,
Siento en mí la mirada fraterna
De los mil ojos claros del agua.

LA CALLE «ASILO»

Este barrio mío solitario y blando
De pasto y silencio...
Por sus cuatro lados se desliza el ruido
Mas no lo penetra.
Es como un viejito sordo y melancólico,
Algo soñoliento,
Que con las manucas sobre las rodillas
Se ha quedado quieto
Mirando hacia arriba.

Y poquito a poco me ha ido contagiando
Su melancolía.

LA MERIENDA TRISTE

¡Canastito repleto de fresas!
¡Ay, si él estuviese
Esta tarde conmigo en la mesa!

¡Tanto como gusta
De las últimas fresas redondas
Que las lluvias de Marzo maduran!

Y después que las hemos comido,
Lentamente besarme en los labios
Que ellas ponen fragantes y vivos.

¡Oh cestito, cestito de fresas
Que forrado de pámpanos verdes
Has traído la pena a mi mesa!

¿Dónde se halla a esta hora el ausente?
¿Con quién come? ¿Qué piensa? ¿Qué hace
Que sabiéndome triste no vuelve?

¡Para qué habrán traído estas fresas!
¡Para qué quiero aroma en los labios
Si él no está hoy a mi lado en la mesa!

UNA VOZ

Yo no sé qué alma sola
Va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma,
Así como la mía,
Loca y reconcentrada,
Ardorosa y huraña.

He hundido la cabeza entre las manos.

El cantor invisible
Se alejó por la calle
Blanda de pastos viejos.

Y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
Me he quedado soñando.

. . . . . .

Por un montón de noches
Ya tengo compañero.

MUJER

Si yo fuera hombre, ¡qué hartazgo de luna,
De sombra y silencio me había de dar!
¡Cómo, noche a noche, sólo ambularía
Por los campos quietos y por frente al mar!

Si yo fuera hombre, ¡qué extraño, qué loco,
Tenaz vagabundo que había de ser!
¡Amigo de todos los largos caminos
Que invitan a ir lejos para no volver!

Cuando así me acosan ansias andariegas
¡Qué pena tan honda me da ser mujer!

OTOÑO

¿Para qué recordar las angustias pasadas
Si hoy el día está tibio y el cielo está luciente?
Ahora que de veras me estoy volviendo triste,
Le huyo a la tristeza y ansío estar alegre.

Otoño. Una muchacha pasa con un canasto
Lleno de culandrillos y ramos de violetas.
¡Violetas! Nuestro idilio comenzó en un otoño
Y él siempre me ponía violetas en las trenzas.

Mas nunca yo tornaba con ellas a mi casa.
¡Si era como las cabras inquietas y ondulantes
Que viven sus amores, saltando por los cerros
Llenos de pedregales y de arbustos salvajes!

Pero ahora estoy siempre taciturna y callada.
Poco queda de aquella chicuela de los campos,
Cuya risa era viva como esos gajos de agua
Que se escapan del río a sisear por los pastos.

También a las violetas que lleva esa muchacha
No les queda ya nada de su aroma silvestre.
¡Violetas ciudadanas que cuida un jardinero!
¡Qué distintas de aquellas que circundan las fuentes!

Queriendo estar alegre, ¡cómo me he puesto triste!
¡Qué pena con un día tan cálido y tan lindo!
Amigo: ¿me acompañas a pasear por el puerto?
Como tú eres dichoso me gusta estar contigo.

EL RUEGO

Bajo el parral de donde cuelgan prietas
Y lucientes, las uvas,
Las moscateles ya casi maduras,
He tendido la mesa.
¡Dios quiera que esta noche él no demore,
Ni que, como otras veces,
Con sus amigos por «el centro» cene,
Mientras yo aquí, ¡tan sola!
Concluyo por llorar, si es que no viene!

El reloj me da miedo.
¡Ah, siquiera se acuerde
Como crece mi afán en tanto espero!
Hoy he comprado fresas,
Grandes y rojas como a él le gustan.
Si no tarda, que linda nuestra cena

En el patio fragante
Bajo la parra espesa...
Ahórrame, mi Dios, la cruel angustia
De sentarme hoy también, sola, a la mesa.

LA NIÑA BOBA

Las manos sobre la falda,
La mirada, al fuego, recta,
Haciendo «la niña boba»
Mientras los demás conversan.

Y un bienestar infinito
Soñando, soñando quieta.

EL NIDO

Mi cama fué un roble
Y en sus ramas cantaban los pájaros.
Mi cama fué un roble
Y mordió la tormenta sus gajos.

Deslizo mis manos,
Por sus claros maderos pulidos,
Y pienso que acaso, toco el mismo tronco,
Donde estuvo aferrado algún nido.

Mi cama fué un roble.
Yo duermo en un árbol.
En un árbol amigo del agua,
Del sol y la brisa, del cielo y del musgo,
De lagartos de ojuelos dorados
Y de orugas de un verde esmeralda.

Yo duermo en un árbol.
¡Oh, amado, en un árbol dormimos.
Acaso por eso me parece el lecho
Esta noche, blando y hondo cual un nido.

Y en ti me acurruco como un avecilla
Que busca el reparo de su compañero.
¡Qué rezongue el viento, que gruña la lluvia!
Contigo, en el nido, no sé lo que es miedo.

LA INVITACIÓN

¡Si vieras que cama tan suave es el pasto
Cuando recién nace, verde claro y húmedo!...
Parece que uno durmiera entre panas.
El plumón del bosque se me antoja el musgo.

¡Y tanto como hace que en él no me acuesto!
¿Vamos este año, por Enero, al campo?
Se vuelve uno triste, siempre en las ciudades
Donde hasta más serios parecen los pájaros.

Y yo que estoy siempre pálida y callada
¡Ya verás entonces si me pongo loca!
Tú no me conoces como soy de alegre,
De rosada y ágil en las selvas solas.

Quererse en el campo, de cara a los cielos,
¡Ah, tampoco sabes lo bueno que es eso!
Es como beberse la vida de un sorbo
Tan fuerte y tan hondo, que a veces da miedo.

Decídete. Vamos. Al tornar, la casa
Ha de parecernos más clara y más nueva,
Porque volveremos sanos y optimistas
Como una pareja de amantes de aldea.

LA MERIENDA

Bajo la sombra movediza y verdosa
De la parra cargada de racimos,
Sobre la mesa rústica de piedra, en una fuente
Baja y ancha, se apilan,
Los frutos que hace un rato recogimos
En el huerto opulento:

Ciruelas y damascos, grandes uvas moradas
Y peras amarillas
Todas húmedas de agua de la alberca
En donde las lavamos.

Y al hundir mis dientes sanos y agudos
En la compacta carne de un durazno,
Murmuro: ¡Oh Aladino:
No cambiara tus frutas de diamante
Por estas de mi huerto!

MILLONARIOS

Tómame de la mano. Vámonos a la lluvia
Descalzos y lijeros de ropa, sin paraguas,
Con el cabello al viento y el cuerpo a la caricia
Oblicua, refrescante y menuda, del agua.

¡Que rían los vecinos! Puesto que somos jóvenes
Y los dos nos amamos y nos gusta la lluvia,
Vamos a ser felices con el gozo sencillo
De un casal de gorriones que en la vía se arrulla.

Más allá están los campos y el camino de acacias
Y la quinta suntuosa de aquel pobre señor
Millonario y obeso, que con todos sus oros,
No podría comprarnos ni un gramo del tesoro
Inefable y supremo que nos ha dado Dios:
Ser flexibles, ser jóvenes, estar llenos de amor.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

Muchachuelo de brazos cetrinos
Que vas con tu cesta,
Rebosando naranjas pulidas
De un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las chacras
Y a los árboles amplios trepaste
Como yo me trepaba cuando era
Una libre chicuela salvaje;

Ven acá, muchachuelo: yo ansío
Que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo,
Naranjales tan prietos rodean,
Que en Agosto semeja de oro
Y en Diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma
Y aún parece que corre en mi sangre.
Naranjitas pequeñas y verdes
Siendo niña, enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristona y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
Cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo
Indiecito, algún día te llevan,
Y no eres feliz, y suspiras
Por volver a tu vieja querencia,

Y una tarde en un soplo de viento
El sabor a tus montes te asalta,
¡Ya sabrás, indiecito asombrado
Lo que es la palabra «*nostalgia*»!

INDICE

	Página
¡ Si estoy harta de esta vida civilizada !	5
Cenizas	7
Olor frutal	9
Como la Primavera	11
Noche de lluvia	13
Melancolía	15
La laguna	17
La pesca	19
Sol fuerte	21
Estío	23
Verso impersonal	25
Los pinos	27
Raíz salvaje	29
La Luna	31
Inmovilidad	33
El baño	35
Fiebre	37
Soledad	39
Calma	41
La sed	43
Carne inmortal	45
Los árboles en la llanura	47

Página

El remanso 49
El bosque 51
El sendero nuevo 53
El pozo 55
La tarde 57
Camino de álamos 59
La higuera 61
El estanque 63
La copa 65
Mañana de falsa Primavera 67
Madrugada 69
La enredadera 71
Descanso 73
El agua corriente 75
La calle » Asilo » 77
La merienda triste 79
Una voz 81
Mujer 83
Otoño 85
El ruego 87
La niña boba 89
El nido 91
La invitación 93
La merienda 95
Millonarios 97
El vendedor de naranjas 99

Este libro fué editado
por la Librería de Maximo García
en Agosto de 1922

415740

LS
I12re

Ibarbourou, Juana de
Raíz salvaje.

NAME OF BORROWER.

DATE.

Apr 2/50

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE NEW YORK